



Peter  
Heather

# Cristiandad

El triunfo  
de una religión

«Un magnífico relato de cómo  
el cristianismo se convirtió en el cemento  
religioso y político de Europa.»

*Literary Review*

PETER HEATHER

# CRISTIANDAD

El triunfo de una religión

Traducción castellana de  
Tomás Fernández Aúz

CRÍTICA  
BARCELONA

Primera edición: abril de 2024

*Cristiandad. El triunfo de una religión*  
Peter Heather

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Christendom. The Triumph of a Religion*

© Peter Heather, 2022

© de la traducción, Tomás Fernández Aúz, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)  
[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-9199-637-8

Depósito legal: B. 2.020-2024

Impresión y encuadernación: Estella

*Printed in Spain - Impreso en España*



Primera parte

LA ROMANIZACIÓN  
DE LA  
CRISTIANDAD

## Capítulo 1

### «CON ESTE VENCERÁS...»

A principios de la segunda década del siglo IV d. C., el emperador romano Constantino se hallaba metido de hoz y coza en su particular juego de tronos. En la anterior generación política, cuatro generales habían compartido el poder imperial: dos en la mitad occidental de los dominios de Roma, y otros dos en la parte oriental. En el año 285 d. C., Diocleciano había ejercido la autoridad en solitario, pero en 293 optó por ponerse al frente de un sistema imperial de carácter colegiado: la tetrarquía (o «gobierno de cuatro»). La fórmula incluía dos figuras principales, los Augustos (el propio Diocleciano y Maximiano), y dos subordinadas, los Césares (Constancio Cloro y Galerio). En 305, los dos Augustos se retiraron, y los Césares ascendieron de categoría y ocuparon su lugar como nuevos Augustos, nombrándose dos nuevos colegas secundarios para sustituirlos (Severo II en Occidente, y Maximino Daya en Oriente). Se partía del supuesto de que ese mecanismo de transmisión del poder imperial era mejor que el de la sucesión dinástica, pero no tardó en resquebrajarse y provocar el estallido de un sinnúmero de guerras civiles. Al fallecer Constancio Cloro, un año después de haber sido ascendido a Augusto, su hijo Constantino lo reemplazó, declarándose al mismo tiempo Augusto de Occidente. Majencio, el hijo de Maximiano, decidió lanzarse a su vez al cuadrilátero imperial, y para mayor confusión aun, el propio Maximiano optó por abandonar su retiro y salir a escena. En 312, Severo y Maximiano quedaron eliminados, con lo que la lucha por el poder en Occidente se redujo a un enfrentamiento directo entre Constantino —que tenía bajo su mando las provincias de Britania, la Galla e Hispania— y Majencio, que gobernaba Italia y el norte de África.

ca. Pese a su vastedad, ninguno de los dos iba a considerar nunca que el imperio occidental fuese lo suficientemente grande para ambos. En el transcurso del verano, Constantino reunió sus ejércitos, e imitando la hazaña de Aníbal, se abrió paso a través de los Alpes. Fue entonces cuando intervino Dios. Lo que sucedió a continuación estaba llamado a convertirse en el detonante de la primera de tres ingentes revoluciones, cuyos efectos, sumados, acabarían transformando un pequeño culto misterioso del Oriente Próximo en la estructura religiosa dominante del continente europeo, desde el que posteriormente habría de extenderse por todo el mundo en la era del imperialismo europeo.

El relato de lo sucedido nos lo refiere, justo después de la muerte del emperador, el biógrafo de Constantino, Eusebio, obispo de Cesarea, que lo había escuchado en boca de su mismísimo protagonista:

En las horas meridianas del sol, cuando ya el día comienza a declinar, dijo que vio con sus propios ojos, en pleno cielo, superpuesto al sol, un trofeo en forma de cruz, construido a base de luz y al que estaba unida una inscripción que rezaba: *con este vencerás*. El pasmo por la visión lo sobrecogió a él y a todo el ejército, que lo acompañaba en el curso de una marcha y que fue espectador del portento. Y decía que para sus adentros se preguntaba desconcertado qué podría ser la aparición. En esas cavilaciones estaba, embargado por la reflexión, cuando le sorprende la llegada de la noche. En sueños vio a Cristo, hijo de Dios, con la señal que había aparecido en el cielo, y le ordenó que, una vez se fabricara una imitación del signo observado en el firmamento, se sirviera de él como de un bastión en las batallas contra los enemigos.

El signo en cuestión era el crismón, también llamado lábaro porque el emperador mandaría ponerlo en lo alto de sus estandartes militares, que llevaban ese nombre. Y efectivamente, el 28 de octubre de 312, en la batalla del Puente Milvio, a las afueras de Roma, Constantino obtuvo, como era de esperar, una asombrosa victoria sobre Majencio. Triunfante y agradecido, Constantino saldó su deuda con ricos presentes a las comunidades cristianas de la capital, convirtiendo el campamento del cuerpo de caballería de élite de Majencio en una enorme iglesia: San Juan de Letrán, primer cuartel general del papado medieval.<sup>1</sup>

Pero aquello no era más que el principio. La victoria en Occidente era la avanzadilla de una gloria aun mayor. A finales de 312, la lucha paralela que se libraba en la mitad oriental del imperio por la consecución del poder imperial tras la tetrarquía conoció por fin al vencedor: Licinio (inicialmente nombrado por Galerio, uno de los tetrarcas originales). Los dos Augustos reinantes —Constantino en Occidente y Licinio en Oriente— se declararon de inmediato un afecto impecedero, prometiendo aliarse y cooperar indefinidamente, pero la situación no admitía más que un desenlace. Tardó más de una década en producirse, pero tras varios asaltos aislados, el conflicto terminó en 324, al aniquilar Constantino a su rival de Oriente. Gracias a la visión que Dios le había enviado, el Constantino cristiano reorganizó la fisonomía de la política imperial, uniendo al conjunto del mundo romano bajo un emperador único e indiscutido, por primera vez desde mediados del siglo III.<sup>2</sup>

La crónica que nos ha transmitido Eusebio de esa crucial experiencia visionaria se ha repetido e ilustrado —exquisitamente: véase la lámina 1— innumerables veces, pero es extremadamente problemática. Y no me refiero solamente al hecho de que el cielo ofreciera una visión a Constantino. Yo nunca he tenido ninguna, pero a lo largo de la historia humana son muchas las personas que sí han visto portentos, y, como mínimo, la «realidad» subjetiva de la experiencia religiosa sobrenatural —con independencia de la explicación que queramos darle— no es algo que deba descartarse *a priori*. No obstante, el relato de Constantino también plantea otros problemas de carácter mucho más mundano, dado que, según parece, el emperador tuvo varias vivencias sobrenaturales distintas —no todas cristianas— poco más o menos por la misma época, refiriendo además cosas diferentes a los diversos pueblos a los que decidió dárselas a conocer. Al margen del doble relato de la visión seguida del sueño que nos comenta Eusebio, han llegado hasta nosotros otras tres variantes. En un texto escrito aproximadamente veinte años antes que el de Eusebio, el rétor Lactancio —un insigne profesor de lengua y literatura latina cuyas competencias eran equiparables a las de un catedrático universitario, dado que esas eran las materias que constituían habitualmente la base de la educación de los hijos de las élites de la porción occidental del imperio (sus homólogos de Oriente recibían esa misma formación en griego)—, que conocía personalmente al emperador y había sido







tutor de su primogénito, Crispo, a principios de la década de 310, señala que Constantino tuvo un sueño la víspera del choque del Puente Milvio, y que en él se le indicó que «grabase en los escudos [de sus soldados] el signo celeste de Dios». <sup>3</sup> En la exposición de Lactancio, el momento de la intervención divina es otro, y no hay visión en el cielo. Nuestro segundo testigo es otro rétor, esta vez de la Galia, que pronunció un discurso solemne ante Constantino y toda su corte en un acto ceremonial celebrado en 310, dos años antes de la derrota de Majencio. En un pasaje que por fuerza tuvo que haber contado con la previa autorización imperial, este orador narra los detalles de otra visión celestial. Tras desviarse de la ruta principal para visitar «el templo más hermoso del mundo [...], viste, según creo, Constantino, a tu Apolo, flanqueado por Victoria, y ambos te ofrecían coronas de laurel, siendo esto augurio de treinta años [de vida, o gobernación]». <sup>4</sup> En este caso sí tenemos una visión, pero de un Dios diferente (Apolo, en su condición de divinidad solar), y no hay sueño. Por último, aunque no por ello menos importante, en 321, un tercer rétor, en otra alocución oficial —y por tanto respaldada por el emperador—, vuelve a referirse a la victoria de Constantino sobre Majencio. Este alegato no menciona ni la visita de una deidad ni la presencia de ningún tipo de cruz en el cielo. Lo que sí se dice, en cambio, es que, en el fragor de la batalla, todos los soldados de Constantino quedaron arrobados ante la visión de un ejército celestial, encabezado por el deificado padre del emperador, Constancio Cloro, que acudía en ayuda de su hijo. <sup>5</sup>

Ha habido muchos intentos orientados a racionalizar las múltiples crónicas que recogen las experiencias religiosas de Constantino. Entre los esfuerzos recientes, el más prestigioso es el de Peter Weiss, que en 1993 sostuvo que las visiones de Apolo contenidas en la soflama de 310 y la cruz celestial de la que habla Eusebio son dos referencias a un mismo acontecimiento, interpretado no obstante de distinta manera. Dado que por esa época la abrumadora mayoría de las representaciones de Apolo lo mostraban en su aspecto de dios del sol, Weiss afirma que lo que Constantino vio en realidad fue un halo solar, que puede adoptar un perfil en cierto modo parecido al de una cruz, y que lo que el emperador acabó sacando en claro tras la contemplación de ese fenómeno natural es que se trataba de un mensaje del Dios cristiano. Esta es evidentemente una de las maneras de salir del atolladero, ya

que entonces el sueño que consigna Lactancio podría conciliarse con la crónica de Eusebio —siempre y cuando se postule una demora de dos años entre la visión inicial y el sueño que la explica, pese a que Eusebio dé claramente por supuesto que este último se produjo la noche siguiente a la aparición de la imagen en el firmamento—. No obstante, lo que se hace necesario, a mi juicio, es manejar todos estos informes con una dosis de suspicacia mucho mayor.

Los gobernantes de la antigüedad que proclamaban haber sido designados por voluntad divina (como hicieron todos los emperadores romanos, y muy particularmente Constantino) referían con frecuencia la observación de agüeros favorables como confirmación del especial destino que los había llevado a ejercer el poder. Según se dice, la primera vez que puso el pie en el foro tras haber sido elegido cónsul, el futuro emperador Claudio vivió una experiencia —sin duda inquietante— en la que un águila venía a posársele en el hombro. Y en el caso de Augusto, el primer emperador romano, se aseguraba que «una fuerza inesperada y misteriosa» arrojaba fuera a todo el que osara echarse a dormir en el cuarto en el que había sido criado.<sup>6</sup> Ni en sueños tendría alguien que escribiera páginas de historia y se considerara digno de ganarse el salario (ni siquiera el propio Constantino) la veleidad de entender de manera literal estos antiguos relatos, y lo cierto es que tanto la conveniencia como la diversidad de las peripecias que el primer emperador cristiano dio en transmitir sobre su encuentro personal con el Dios del Nuevo Testamento sugieren que nos hallamos una vez más lejos del reportaje objetivo.<sup>7</sup> La convencional imagen de un Constantino aupado al poder por una visión —impelido, como Pablo en el camino de Damasco, a una completa y súbita conversión al cristianismo tras un contacto personal directo con el Todopoderoso— adquiere tintes aún más problemáticos cuando se analiza en paralelo con el modo en que el emperador fue exteriorizando la evolución de su devoción religiosa ante el conjunto de la población del imperio en el transcurso de su largo reinado, cuyo éxito propició con los medios más brutales.

La versión religiosa con la que el régimen de Constantino se presentó oficialmente ante sus súbditos pasó por cuatro fases distintas. En sus primeros años, la figura con la que Constantino quiso hacer valer su persona fue la de un leal adepto de las ideologías religiosas propias de la tetrarquía, el colegio imperial instituido por Dioclecia-

no, del que su mismo padre había formado parte. Pese a que todos los emperadores romanos afirmaran haber sido designados por el poder divino, que era también quien respaldaba sus acciones, la divinidad específica en cuestión podía variar, o aparecer al menos bajo diversos aspectos. Muchos de los emperadores del siglo III habían sostenido que su espaldarazo divino provenía del dios Sol (Helios en griego, y Sol en latín, o Apolo, para ser más exactos), entendiéndose además que la imagen pictórica del Sol era una manifestación del supremo principio divino que proporcionaba sustentación a la totalidad del universo y a todas sus potencias espirituales intermedias. No obstante, los tetrarcas recuperaron un simbolismo religioso más acorde con la tradición romana, volviendo a señalar a Jove (Júpiter) y a Hércules como respaldo divino de su ejercicio del poder —fundamentalmente marcado por sus victorias—. Diocleciano y Galerio añadieron «Jovius» (es decir, «protegidos por Jove») a la lista de epítetos con que se adornaban, mientras que Maximiano y Constancio Cloro optaron por «Herculius»: «amparados por Hércules». En sus primeros años en la cumbre, Constantino acuñó monedas que sencillamente repetían la afiliación de su padre, perteneciente al grupo de los que se calificaban de «Herculius».<sup>8</sup> Sin embargo, en 310 esta actitud cambió de manera drástica. El momento en que el rétor de la Galia anunciaba que Constantino había tenido una visión de Apolo coincide con el que el emperador escoge para romper con las ideologías religiosas de la tetrarquía. La palabra «Herculius» desaparece de sus monedas, en las que ahora campea el relieve del *sol invictus*.<sup>9</sup>

La tercera fase arranca en 312. Será en esta época cuando Lactancio escriba la crónica de ese sueño en el que el emperador ve al Dios cristiano. Este período coincide también con los años en que Constantino dará en colmar de favores a las comunidades cristianas que se hallan bajo su control, repartiendo dinero en efectivo e inaugurando algunos importantes planes arquitectónicos destinados a la edificación de iglesias. En la serie de cartas que un grupo de eclesiásticos norteafricanos nos ha legado (tanto en la moderna Túnez como en Libia y Argelia) vemos que el emperador también afirma compartir la afiliación religiosa de esos hombres piadosos, y por otra parte, un pequeño número de tempranas inscripciones y de medallones numismáticos especiales llevan el monograma del crismón.<sup>10</sup> No obstante, estos últimos símbolos eran muy escasos, abrumadoramente superados en

número por diversos tipos de monedas, en los que sigue ensalzándose al *sol invictus*. Esta cuidadosa evitación de los símbolos claramente cristianos en la mayor parte de los contextos públicos queda también patente en el arco de triunfo que Constantino mandó erigir en Roma para celebrar su victoria sobre Majencio (y que todavía se mantiene en pie, junto al Coliseo), lo cual llama mucho la atención, dado que las representaciones del emperador —y del poder divino que le había dado la victoria— que figuran en el monumento son notablemente tradicionales, sin que haya en ellas el menor indicio de una afiliación cristiana. La misma ambigüedad salta a la vista en una de las nuevas leyes que aprobó Constantino en esta misma fase y que convierten el domingo en día de descanso. Esto suena a iniciativa cristiana, puesto que se viene a festejar el día de la semana en la que Cristo se alzó de entre los muertos, pero lo cierto es que el texto legal pone el más meticuloso de los cuidados en no referirse a la fiesta sino como «el día del Sol». De manera similar, el primer portavoz oficial en ensalzar en público la gran victoria que el emperador había obtenido sobre Majencio mantiene igualmente la ambigüedad y solo alude al apoyo que Constantino había recibido evocando, sin mayores especificaciones, «la más alta divinidad». En el transcurso del siglo III, el empleo de esta expresión había ido creciendo poco a poco en algunos círculos no cristianos, que la entendían como una forma más de designar el carácter subyacente del mismo principio divino conocido como *sol invictus*.<sup>11</sup>

Solo después de 324, en su cuarta y última fase, aceptará declararse cristiano sin ambages el régimen constantiniano. Las monedas del *sol invictus* continuaron circulando, pero la cruz cristiana también empezó a figurar de manera habitual en sus monedas, y por esta fecha, los propios cristianos ya venían asumiendo la igualación iconográfica entre Cristo y el dios Sol, entendiendo el sol del mismo modo que los emperadores paganos del siglo III, es decir, como el símbolo del poder supremo, de carácter divino —identificado ahora como el Dios del Antiguo y el Nuevo Testamentos—. De manera similar, Constantino inició una larga serie de declaraciones públicas para dar a conocer a todo el que quisiera escucharle su condición de cristiano. También convocó, haciéndola coincidir con los festejos del vigésimo aniversario de su ascensión de la púrpura, una cumbre en la que estaban llamados a reunirse los representantes de todas las comunidades cristianas entonces existentes —tanto en el seno del imperio como

más allá de sus fronteras—. Los emplazados se congregaron en Nicea (hoy Iznik, en la actual Turquía) en 325, es decir, un año después de que Constantino lograra la victoria final sobre Licinio. En ese cónclave, Constantino confirmó públicamente la solidez de sus lealtades cristianas, y no solo por los cuidados y atenciones que prodigó a los numerosos obispos que acudieron a la cita, sino por el hecho de asistir en persona a algunas de las sesiones.<sup>12</sup> Ahora bien, pese a que no quepa duda alguna de la lealtad que el antiguo tetrarca y gobernante monoteísta había decidido profesar al cristianismo a mediados de la década de 320, aún debemos preguntarnos: ¿cómo debemos entender exactamente el itinerario religioso personal que le condujo a esa convicción, máxime teniendo en cuenta el gran número de cosas distintas que había estado diciendo sobre el particular en los veinte años transcurridos desde que accediera inicialmente al poder?

#### EL CAMINO A NICEA

Con el paso de los años se han acabado ofreciendo muchas y muy diferentes interpretaciones psicológicas de la evolución de las lealtades religiosas del emperador. Empezaron a proliferar ya en la antigüedad. Una tradición pagana hostil a Constantino sostiene que si este se convirtió al cristianismo fue por ser la única religión capaz de perdonarle la ejecución de su hijo mayor, Crispo, y de Fausta, su segunda esposa. Esta cáustica denuncia que tan complacientemente denigra los motivos de Constantino también se halla vinculada con las inveteradas críticas de los paganos, que sostenían que el hecho de que el cristianismo estuviese dispuesto a perdonar los pecados eliminaba de la acción humana el necesario imperativo moral. Sin embargo, las fechas no coinciden. El cristianismo del emperador ya había sido aireado a los cuatro vientos, sin la menor ambigüedad, dos años antes de las muertes de Crispo y Fausta, ocurridas en 326.<sup>13</sup> Otros intentos más modernos van desde la actitud condescendiente —Constantino era un «tosco soldado» que no alcanzaba a entender que le era imposible profesar simultáneamente la fe cristiana y las creencias del monoteísmo solar no cristiano— hasta la invectiva refinada. Hay quien ha afirmado que fue efectivamente un monoteísta solar no cristiano hasta la década de 310, pero los recientes descubrimientos relativos a

las más tempranas utilizaciones del símbolo del crismón muestran que esta tesis es incorrecta. Y hay también quien sostiene, como algunos conversos religiosos modernos, que se trató en su momento de un lento proceso de conversión que el emperador interiorizó más tarde como un «acontecimiento» repentino.<sup>14</sup> Cualquiera de estos planteamientos *podría* ser exacto, pero todos comparten la suposición de que las creencias religiosas del emperador se fueron modificando en forma paralela a la cambiante actitud religiosa que su régimen fue adoptando en público. No obstante, desde mi punto de vista este supuesto es metodológicamente insostenible, ya que omite una pieza clave del rompecabezas constantiniano. El comienzo de cada una de las nuevas fases religiosas del régimen de Constantino coincide con sus más importantes éxitos militares. Y una vez que se ha entendido este hecho y su profunda significación no queda más remedio que reescribir la totalidad de las explicaciones que han tratado de dar cuenta de la particular trayectoria religiosa que siguió el emperador.

En 310, el giro hacia el monoteísmo solar de Constantino se produjo inmediatamente después de haber derrotado a Maximiano, el antiguo emperador tetrarca, que había tratado de recuperar el poder. Maximiano, al que Diocleciano había obligado a retirarse cinco años antes, ya había protagonizado dos intentonas fallidas de alcanzar la restitución de su antiguo título. Tras ver que Constantino vencía a los contingentes que le quedaban, se «animó» a Maximiano a quitarse la vida, cosa que efectivamente hizo tras comprender la futilidad de todo ulterior empeño.

La segunda fase de la presentación pública de las convicciones religiosas de Constantino —en la que se deshace del viejo epíteto de «Herculius», que habían utilizado tanto su padre como Maximiano, para adoptar un monoteísmo solar no cristiano— se inicia inmediatamente después de la muerte de Maximiano. Esta pauta se repite a continuación en otras dos ocasiones. La tercera fase —que le lleva a declarar su lealtad cristiana a un selecto grupo de correligionarios, poniendo no obstante buen cuidado en fingirse seguidor de un indefinido monoteísmo solar— arranca nada más producirse su triunfo sobre Majencio en el Puente Milvio. Y del mismo modo, en la cuarta y última fase —justo después de la aniquilación definitiva de Licinio, en 324—, Constantino empieza a manifestar sin ambigüedad su fe cristiana a todos los interesados y en todos los contextos.

Es importante resaltar la significación de esta permanente correlación entre las victorias militares de Constantino y las distintas fases del modo en que presenta su imagen religiosa en público. Los triunfos marciales desempeñaron siempre, tanto en términos prácticos como ideológicos, un papel central en el funcionamiento del imperio romano. La política imperial no procedía por medios electivos. Por regla general, era un pequeño grupo de conjurados salidos de las filas más prestigiadas del ejército o la burocracia cortesana el que decidía poner en primer plano a un aspirante al trono. Después tenían que conseguir un respaldo militar suficientemente relevante, así como el consentimiento generalizado de las clases terratenientes políticamente más importantes del imperio —como ponen claramente de manifiesto los alambicados procesos y la periódica violencia que deshizo la tetrarquía de Diocleciano en 305 y acabó propiciando la reunificación constantiniana del imperio en 324—. De manera parecida, los desafíos y disensiones relacionados con la gobernación de un emperador bien asentado en el poder tendían a adoptar la forma de intentos golpistas y usurpaciones, y se dirimía una vez más el resultado último, como de costumbre, en el campo de batalla. El equivalente romano de un repetido éxito electoral en un encadenamiento de comicios generales era la derrota bélica de los oponentes internos —como lograría Constantino en la sucesión de victorias sobre Maximiano, Majencio y Licinio.

Salvo por una cosa: que en el mundo romano las apuestas ideológicas eran mucho más fuertes. La victoria en combate era la más importante confirmación del derecho a gobernar de un emperador en ciernes —y ello porque los emperadores romanos no se consideraban a sí mismos, ni eran vistos por los demás, como simples gobernantes laicos—. Al haber sido escogidos por la divinidad, que les ofrecía asimismo su respaldo, se entendía que las fuerzas rectoras del universo eran las que habían decretado que la seguridad del imperio romano y la suerte de la civilización que este amparaba, recayera en manos de estos monarcas. Dicha civilización se tenía por el ejemplo último y singular del orden humano, así que se trataba, de hecho, de una entidad llamada a desempeñar un papel único en el plan que lo divino tenía reservado al género humano —y de ahí que la esfera inmortal mostrara un constante interés, aseguraba la argumentación, cerrando su bucle lógico, en los individuos llamados a dirigir la marcha de la humanidad—.



Había no obstante una cláusula de rescisión. La ideología de la época aceptaba la posibilidad de que, a causa de la falibilidad humana, el poder terminara yendo al hombre equivocado. Por consiguiente, la divinidad solo proporcionaba un apoyo auténtico al candidato que *realmente* estuviera destinado a gobernar. De este modo, y al margen de sus connotaciones estrictamente prácticas en todo lo relacionado con la elevación al poder y su conservación, la victoria militar desempeñaba asimismo un papel ideológico crucial, ya que era el único atributo que precisaba un gobernante romano para tener plena legitimidad. ¿Qué demonios podía significar en la práctica el socorro del Todopoderoso como no fuera la capacidad de vencer en el campo de batalla?<sup>15</sup> Y como consecuencia inmediata de este estado de cosas, la victoria, es decir, el instante en que el favor divino directo venía a manifestarse en su máxima amplitud, constituía también el momento más excelso del mundo romano, el investido de una mayor fuerza política e ideológica. El hecho de que Constantino no anunciara sus grandes cambios de afiliación religiosa sino después de sus más sonadas victorias —esto es, en los momentos en que resultaba completamente imposible desafiarle— significa por un lado que únicamente procedía de ese modo cuando observaba que su declaración no revestía el menor peligro político, pero, por otro, quiere decir también que esos puntos de inflexión no pueden proporcionarnos en modo alguno una guía fiable para conocer la verdadera evolución de las íntimas creencias religiosas del emperador.

Fijémonos, por ejemplo, en la primera fase del reinado de Constantino: elevado al poder por el ejército de su padre, el nuevo emperador se dio a sí mismo el calificativo de «Herculius». En esa precisa coyuntura histórica, la adhesión religiosa era un asunto político extremadamente sensible. Los tetrarcas no solo habían recuperado el antiguo simbolismo no cristiano, rechazando el monoteísmo del *sol invictus* al que habían preferido sumarse los emperadores del siglo III, sino que también habían terminado desatando lo que ha dado en llamarse la «Gran persecución» contra sus súbditos cristianos. Esta comenzó en febrero de 303 con un primer edicto de confiscación de las propiedades cristianas. Los subsiguientes edictos enviaron al exilio al clero cristiano (segundo edicto) y terminaron exigiendo que los cristianos hicieran sacrificios a los dioses tradicionales, so pena de muerte. La obligación recayó en un primer momento en los clérigos, co-

rriendo el mes de noviembre de 303, pero a principios del año siguiente se aplicó a la población en general (tercer y cuarto edictos).<sup>16</sup> En 306, es decir, en el momento en que Constantino accedió al trono, todos estos decretos seguían vigentes, circunstancia que le daba motivos más que suficientes para andar con pies de plomo al manifestar en público cualquier parecer religioso, máxime teniendo en cuenta el inestable carácter del contexto político en el que se movía.

Todo el que descienda a los excavados cimientos de la catedral de York, construida poco más o menos sobre el viejo cuartel general de la legión romana —el pretorio—, se encontrará muy cerca del lugar en el que el ejército del padre de Constantino le proclamó emperador en 306. En ese momento, otros cinco aspirantes al trono reclamaban el poder en todo el imperio: tres en Occidente (ya que, además de Constantino, Maximiano, Majencio y Severo —este último elegido oficialmente César al retirarse Diocleciano en 305— afirmaban su derecho a la más alta magistratura de Roma), y dos en Oriente (dividido entre Galerio —el antiguo César tetrárquico, elevado ahora a la posición de Augusto— y su recién designado César subordinado, Maximino Daya). En semejante contexto, no resulta en modo alguno sorprendente que, en el plano religioso, Constantino hiciera suyas las normas religiosas de la tetrarquía existente y se hiciera llamar *Herculius* a lo largo de los cuatro años siguientes. Haber actuado de otra forma habría equivalido a llamar la atención de mala manera entre un enjambre de rivales —algo absurdo en un momento en el que los lazos con la tetrarquía de Diocleciano seguían siendo el sello mismo de la legitimidad política—. Evidentemente, el riesgo que corría era que algunos de sus adversarios, o todos incluso, se unieran contra él, utilizándole como una propicia primera diana en el implacable proceso de selección que estaba a punto de iniciarse.

Tal y como se desarrolló el pugilato, parece claro que Constantino mostró tener un buen juego de piernas en el período 306-307, al conseguir que el poderoso Galerio, Augusto de Oriente, le reconociera de manera inmediata la condición de César (lo que significa que aceptó ser nominalmente degradado, renunciando a su inicial aspiración al rango de Augusto que había tenido su padre). Más tarde continuó haciendo uso de su mano izquierda al aliarse con Majencio para acabar con Severo. Una vez eliminado Maximiano en 310, Constantino pudo deshacerse al fin de la etiqueta de «Herculius»,

dado que ya no se cernía sobre él aquel peligro de una oposición conjunta. Su recién descubierta fe en el *sol invictus* —señalada tanto mediante una proclamación como por la emisión de moneda— era parte de una iniciativa deliberada y general destinada a cimentar su legitimidad política sobre unas bases nuevas que minimizaban la importancia de cualquier lazo mantenido con la anterior era tetrárquica. El mismo discurso que había anunciado que Constantino había visto a Apolo declaró también, sin el más mínimo fundamento, que en realidad descendía de Claudio II el Gótico, un célebre emperador del siglo III que había logrado un sinfín de éxitos. Hasta donde nos es dado saber, esto no es cierto —pero el simple hecho de afirmarse procedente de ese linaje ficticio permitió a Constantino esgrimir una justificación alternativa, totalmente ajena a la tetrarquía, para su título imperial (de manera similar, el gran Claudio también había identificado a su divino protector con el sol invicto)—.<sup>17</sup> Recortada sobre este telón de fondo, la aceptación original de la ideología religiosa de la tetrarquía por parte de Constantino, mediante el rótulo de «Herculius», tiene toda la pinta —y siempre la ha tenido— de responder única y exclusivamente a razones de conveniencia. No hay motivo para pensar que la primera fase religiosa de su régimen, o el posterior abandono, en 310, de esa postura —a fin de abrazar el monoteísmo solar—, fueran el reflejo de una seria agitación espiritual capaz de hacer que el emperador se cuestionara sus creencias religiosas en un plano personal e íntimo.

Este argumento se aplica con igual fuerza a los dos posteriores cambios que Constantino habría de hacer en su pública profesión de religión, una en 312 y otra en 324. Ambas manifestaciones se hicieron en circunstancias exactamente iguales: tras un rotundo éxito militar —sobre Majencio en 312 y sobre Licinio en 324—, ya que eran momentos perfectos para cualquier anuncio potencialmente problemático. El hecho de que Constantino solo anunciara cambios en su política religiosa al comprobar que resultaba ventajoso para su gobierno indica que es muy poco probable que *cualquiera* de esas declaraciones públicas alcance a ofrecernos una pista remotamente fiable de la cronología a la que se atuvo el íntimo itinerario religioso del emperador (suponiendo que lo hubiera), de modo que todo intento de utilizar para ese fin dichas profesiones de fe se ve lastrado por un defecto metodológico.